

Y en Galilea y en Tiberiades
Presta natura cumplir sus órdenes,
Y obedecerle las ondas dóciles

De inquieto mar;

Y derramando sangre purísima
En leño infame fallecer lánguido,
Y horrorizada su faz flamígera

Cubrir el sol.

Ya redimida la gran progenie
Del que gustara fruta mortífera,
Asciende orlado de la victoria

El Salvador

De dó, reinando potente, altísimo
Cabe su Padre y Amor-Espíritu,
Hasta el terrible día de cólera

No bajará.

De la trompeta ya el son horrisono
Del ancho mundo llena los ángulos:
Las sordas tumbas al querer ábrense

Del que tronó.

Y guay! sus presas vomitan pávidas:
Generaciones brotan, agólpanse
Sobre mil otras que años sin número,

Dormían ya.

Y de vivientes, cual ondas tímidas
Que se suceden, la tierra inúndase,
Que á torbellinos al val derrámanse

De Josafat.

Y de repente cesa el estrépito,
Reina doquiera silencio lóbrego
Y ¡miserable! yo aguardo trémulo

La voz del juez.

DON TOMAS AGUILÓ

RESIGNACIÓN

¿Por qué del tedio abrumada
Mi alma flaquea y se postra?
¿Por qué no espera y arrostra
De la fortuna el rigor?

¿Será que los males caigan
Sobre el hombre sin medida,
Y tenga aliento la vida,
Y falte al alma vigor?

¿Será que al abrir la mano
Que derrama los enojos,
Cierre el Eterno sus ojos,
Y no los cuente al caer?

¿O que vuelva sus espaldas
Después que al hombre ha herido,
Y ni escuche su gemido,
Ni sus llagas quiera ver?

¿O que en su alcázar del cielo,
Amurallado de nubes,
Y guardado de querubes,
Se ostente sombrío Rey,

Y no vuelva una mirada
A los ojos en él fijos,
Y olvide el Padre á sus hijos,
Y olvide el Pastor su grey?

No, las horas que de acibar
Va bañando mi fortuna,
Él las cuenta de una en una,
Cual también las cuento yo:

Yo para fijar por ellas
El número á mis congojas,
Él para añadir más hojas
Al lauro que me tejíó.

Si para mí le tejiste,
Padre mío, no permitas
Que las vuelva yo marchitas
Con mi insensato dolor:

Que si el cuello no someto
Al yugo que me destinas,
Sentiré más las espinas,
Sin coger nunca la flor.

¿Qué importa que algún hermano
Mi enemigo se declare,
Y que el mundo no me ampare,
Y me mire con desdén,

Si el ojo inmenso, á quien verme
En tanta miseria plugo,
La víctima del verdugo
Discernir sabe muy bien?

¿Qué importa que en esa tierra
Viva solo y sin abrigo,
Ni haya quien lllore conmigo,
Ni haya quien lllore por mí,

Si clavar puedo mis ojos
Hacia el estrellado velo,
Y exclamar por mi consuelo:
«Un amigo tengo allí?»

¿Qué importa que esté bebiendo
En rudo cáliz de cobre,
Henchido de agua salobre,
Su licor hasta la hez;

Si la vida es solo un sorbo
Que nunca deja resabio,
Y luego el amargo labio
La miel endulza tal vez?

¡Oh! ¿por qué mi alma está triste?
¿Por qué tan lánguida gime,
Y este peso que la oprime
No soporta varonil?

Y al mismo tiempo que siente
Ser mengua su cobardía,
Llora como lloraria
Un corazón femenil?

Soy débil, Señor, muy débil;
No condenes mi tristeza,
Que mi virtud es flaqueza;
Sólo la tuya es virtud.

Encallado en la miseria,
Sin fuerza á salir aspiro;
Cual un viajero me miro
Sorprendido del alud.

Ya sé que vivo en la noche,
Y que ha de rayar mi aurora;
Mas yo contemplo mi *ahora*,
Sin meditar mi *después*:

Y cegado de la bruma,
Mi pupila á ver no alcanza
Como brilla la esperanza
De las sombras al través.
Si mi fe medio apagada
Sus leves alas apronta,
Y ya el alma se remonta
A tu divina región,
Apenas la tierra dejo,
Cuando me fatiga el vuelo,
Y cae ¡ay triste! del cielo,
Porque es carne el corazón.

DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

Á CALDERÓN

Nadie pudo emular su luz brillante
Entre tanto rival:

M. JOSÉ QUINTANA.

Á orillas del Manzanares
Naciste en dichoso día,
Para ser entre sus hijos
La antorcha más peregrina,
Para extender por el mundo
Sus ráfagas nunca vistas,
De la dramática escena
En las esferas más limpias.
Eres en ellas un astro,
Que en órbita inmensa gira,
Y en la noche de los siglos
Ni se amengua, ni se eclipsa.
¿Quién, feliz, podrá alcanzarte
En los espacios, do brillas
Con los albores del genio
Y con su potencia activa?
¿Quién á las altas regiones,
Que portentoso dominas,

Hasta oír del almo coro
Las místicas armonías?
Tus *Autos Sacramentales*
Solemnes lo preconizan,
En su misticismo ardiente
Lanzando centellas vivas.
Nadie ensalzó la pureza,
La hermosura de María,
Cual tú, en *La Hidalga del Valle*,
Flor del Carmelo bendita.
Si de Belén nos conduces
Á las nevadas colinas,
Para cantar elocuente
Del Salvador la venida,
Más claros lucen los cielos,
Toda la creación se anima,
Vístese el campo de flores
Con fragancias exquisitas:
Á bandadas, por los aires,
Más dulces las aves trinan,
Y mayor encanto ofrece
De la aurora la sonrisa:
Pára su curso el torrente,
Pára el arroyo sus linfas,
Y absortos los anchos mares
Su bravo furor mitigan.
Colmo del amor eterno,
La *Sagrada Eucaristía*
Nos presenta en luz velada
Tu *Devoción de la Misa*,
Y *Del Señor en la Siembra*,
Cual fruto de auras espigas,

Tan angélico alimento
Fuente de salud y vida:
De Dios el Pan verdadero
Donde encuentre sus delicias
El que, por la fe inspirado,
Amoroso lo reciba.
Si en el campo de la Historia,
Águila caudal te fijas,
¿Quién secundará tus vuelos?
¿Do hallaremos quien te siga,
Ya al trazar de las naciones
Las imponderables dichas,
Ó ya en menudos escombros
Sus espantosas ruinas?
¿Quién, si con pincel valiente
Héroes pleclaros nos pintas,
Desnudando el fuerte áceros
En provechosas conquistas?
¡Oh Constantino y Eraclio!
Sus hechos aún electrizan
Los corazones do el fuego
De la religión se anida.
¡La Cruz, la Cruz redentora,
Para el gentil ignominia,
Y por ellos encumbrada
Teniendo á Elena por guía;
Iris de paz interpuesto
Entre las supremas iras
Y los delitos del mundo,
Del triunfo mayor insignia.
¡*La vida es sueño!* dijiste,
Y tu acento repetía

Con emoción temblorosa
La humana raza dolida.
¡La vida es sueño!, y la muerte,
Blandiendo letal cuchilla,
Desde el Oriente al Ocaso
Torva clavaba su vista.
¡La vida es sueño!. Y los cetros,
Y las coronas caían,
Como en Otoño las hojas
Que arrastra el viento marchitas,
Al par de falsos placeres
Y de ilusiones mentidas.
¡Todo, todo sombra vana;
Polvo sutil y cenizas!
Al amor puro prestaste
Con tus apacibles tintas
Tal encanto, que su llama
Más blanda y dulce se aviva.
Tú embelleces las virtudes,
La lealtad y la hidalguía,
El patriotismo acendrado,
El valor en nobles miras.
Tus damas, tus caballeros
Véñse por aqueste prisma,
Las costumbres conociendo
De la edad en que vivías.
Maravillanme en tus obras
Las tramas mejor urdidas,
De tus planes la grandeza,
Y la numerosa rima:
Ora plácido arroyuelo,
Que por vegas se desliza,

O ya imponente cascada,
Que rauda se precipita.
Así los pérfidos celos
Y los vicios combatías
Cuando pujantes alzaban
Con pavor su faz altiva.
Siempre las sagradas Musas
Te acariciaron propicias,
Y con mirtos y laureles
Tu docta frente ceñían.
¡Qué extraño, pues, que la Iberia,
Con tus glorias embebida,
Al cabo de luengos lustros
Sus homenajes te rinda;
Y que en tales ovaciones
Tu egregio nombre bendiga,
Y guirnaldas mil te ofrezca
Por su Instituto Sevilla?

Á mi querido amigo Don Gabriel García Tassara.

En 1850.

*¡Por qué á orillas del regio Manzanares
Tu citara enmudece,
Y el eco de tus férvidos cantares
Callado se adormece?*
*¡Por qué tu voz, que vigorosa un día
Despertó al sacro Herrera,
Y del Bétis las olas detenía,
No cruza la ancha esfera?*
*¡Por qué en alas del genio, dón de dones
Que debiste á natura,*

No subes de las célicas regiones
Hasta la inmensa altura?
Suene atrevido tu sublime acento,
Y avívese la llama
De entusiasmo y amor y sentimiento
Que el noble pecho inflama.
Ensayá, amigo, del terrible Dante
El cantar sobrehumano,
Y de Ossian el plectro resonante
Diestra pulse tu mano.
¿No ves alzados junto á horrenda pira
La perfidia y el dolo,
Y la venganza y la implable ira
Tronar de polo á polo?
Codicia y ambición y cruda guerra,
Que abortara el averno,
Los monstruos son que inundan á la tierra
De luto sempiterno.
Conjúralos doquier: doquier se agitan
Con sórdido egoísmo,
Y á gentes contra gentes precipitan
Al borde del abismo.
Fatídico fulgor lanza su estrella,
Su aliento impura saña,
Y donde imprimen su ominosa huella,
La sangre el suelo empañá.
Así en reciente conmoción al Sena
Y al Tiber mancillaron,
Y de la Europea, con rencor de hiena,
El seno desgarraron.
Su fatal grito de la tumba oscura
Evocó fieros manes,

Y de preñados bronces con presura
Pavorosos volcanes.
Inflamados aún los horizontes
Se ven, y el valle umbrío
Es triste fosa de tajados montes
Al anárquico brio.
El genio de las artes, sobre escombros,
En vano con lamentos
Busca los que hasta el cielo alzó en sus hombros,
Eternos monumentos.
El alcázar, el templo, el ara santa,
De Dios excelso trono,
Cayeron ¡ay! bajo la inmunda planta
Del sacrilego encono.
De entre el polvo levanta condolida
Minerva sus laureles,
Que al par hollaron en veloz corrida
Infantes y corceles.
De la ignorancia en brazos mostró el crimen,
Cual sierpe, su cabeza,
Y aun lastimadas de su furia gimen
Virtud, gloria y nobleza.
Entre sollozos mil cundió el estrago
Aun á los quietos lares;
De humo y de llamas remolino aciago
Surcó tierras y mares.
Opaca sombra, que siniestra dura
Cual funerario velo,
Del espacio robó la lumbré pura
Al vacilante suelo.
¿Y dó entre nubes de bonanza el faro
Consolador se ostenta?

¿Donde el puerto feliz, que brinde amparo
En tan sin par tormenta?
¿Dó contra el rayo que amenaza al mundo
Habrà firme guarida?
¿Dónde en cáos tan hórrido y profundo
La senda de la vida?
¿Quién á la opresa humanidad la mano
Tenderá sobre el lecho
De punzantes espinas, en que insano
La arrojó su despecho?
«¡Tan sólo el Cristianismo!» allá en la esfera
Voz prepotente clama;
Y suspenden los astros su carrera,
Y acrecientan su llama.
«¡Tan sólo el Cristianismo!» repitieron
Los orbes conmovidos,
Y de altísimas cítaras se oyeron
Insólitos sonidos.
¡El Cristianismo! En torno de él convoca
¡Oh! vate á las naciones;
Señala en él la inexpugnable roca
Contra viles pasiones.
El himno entonces de la *paz*, que ansías,
Penetre el firmamento,
De Ezequiel renovando y de Isaías
El profético acento.
Y bajará la *paz*, que el hombre espera,
Coronada de soles,
Que inmensos bañen la creación entera
En nuevos arrebales.
La alma virtud le prestará su escudo
Y sus invictos brazos:

De la discordia hostil el hierro agudo
Presto caerá en sus pedazos.
Sentido amor, cual centro donde mane
El eternal reposo,
A lo que fué con lo presente hermane
En lazo misterioso.
Canta ese lazo fraternal ¡oh amigo!
Y sus preciados bienes;
Que grata Iberia, de tu afán testigo,
Lauros dará á tus sienas:
Y há tiempo que la musa castellana
Por tus cantos suspira,
Y con rosas y mirtos engalana
Tu pindárica lira.
Si seguirte no puedo, de las flores
Que por el Bétis crecen
Juntas recibirás con mis loores
Las que más lo enaltecen:
Y acaso verdes y fragantes hojas
De las que guarda ufano
Para cubrir de Herreras y Riojas
El plectro soberano.

DON GABRIEL GARCÍA TASSARA

Á QUINTANA

Cuando al rayar el día
Allá de mi lejana adolescencia,
El dios de la armonía,
Que es el dios de la humana inteligencia,
Su inspiración ardiente
Vertió en mi corazón, vertió en mi frente,
Sonó, sonó en mi oído
De patria y libertad un eco santo
De insólito sonido;
La voz del vate, del profeta el canto
Que al ruido de sus olas
¡Patrio Guadalquivir! canté á mis solas.
No era, no, ya la Musa
Que triscando por riscos y por faldas
Tonos femíneos usa,
Y del dios del placer entre guirnaldas
Frívola adoradora,
Dios, hombre, mundo, humanidad ignora.
Era la gran Poesía;
La que del mundo en las remotas partes,

Como en la Grecia un día,
Fué madre de las ciencias y las artes:
Voz del cielo en la tierra,
El himno de la paz y de la guerra.
Era la voz de un siglo
Que al nacer y al morir luchó iracundo
Con el feroz vestiglo
De la que fué superstición del mundo,
Y en generosa saña
«Sé España, ¡España!» le gritaba á España.
Era tu grande acento,
¡Quintana! Era tu voz que, en la sombría
Cárcel del pensamiento,
Sonando y resonando, removía
Con versos como espadas
De España las entrañas ulceradas:
Pelayo, ardiente rayo
Contra el Islan y el oriental Califa,
El Cid, nuevo Pelayo,
Guzmán, Bruto de España, allá en Tarifa,
Padilla en sangre tinto,
Á tu gloria fatal, ¡oh Carlos Quinto!
Las del Panteón hispano
Del austriaco Escorial turbadas sombras
Que á España dan en vano
Las banderas del mundo por alfombras,
Si tu ígnea fantasía
En ellas solo vé la tiranía;
Aquellas sombras tristes
Del grande Emperador, del Rey Prudente
Que al tribunal trajistes
De una infeliz generación que aún siente

Rodar por el vacío
La España, su esplendor, su poderío;
El infecundo nieto
De ellos en pos que la corona ingente,
No rey, sino esqueleto,
Deja caer de su caduca frente,
Y á los Borbones fia,
Esqueleto como él, su monarquía;
El pensamiento humano
Que, arrebatado de ambición inmensa,
Arcano tras arcano
Á los cielos robándoles, condensa
La palabra del hombre
En monumento que á la edad asombre;
España en fin, España,
Sacudiendo dos siglos de desmayo,
Y con la antigua saña
Blandiendo en las Termópilas de Mayo
La espada de Pavia
Que la herrumbe del ocio carcomía;
Tal fué tu gran poema...
Himno de las batallas! ¡Armonía
De muerte y de anatema
Que de Bailén á Waterlloo seguía
Con eco sobrehumano
De la Europa vengada al gran tirano!
¡Himno de las batallas!
De aquellas ¡ay! donde la fuerza blande
Sus bronces y sus mallas,
Y de aquellas también do en lid más grande
Despliega su violencia
El guerrero sin par, la inteligencia,

En la memoria mía
Nunca olvidados, no, mas confundidos
En la honda lejanía
De los años en pos desvanecidos,
Tus cantos hoy se elevan
Y el entusiasmo juvenil renuevan.
Mas ¡ay! ¡Qué dejo amargo
Posa en mis labios el licor ardiente?
¡Por qué de su letargo
Quiere en vano salir mi torva mente,
Y enluta el alma mía
Nube de funeral melancolía?
Triunfó la independéncia
Y la Europa triunfó; pero á la España
Se le arrancó la herencia
De la que fué su inmarcesible hazaña,
Y envuelta en sus pendones
La postrera quedó de las naciones.
Triunfó también un día
La libertad; pero la Europa entera,
Cual vasta alcahicería,
Como inmenso taller do el oro impera,
Fabrica ciudadanos
Que están pidiendo y que tendrán tiranos.
¡Oh! si la musa heroica
Que cantó con trasportes sacrosantos
La libertad estóica
De Grecia y Roma en inmortales cantos,
Volviése á la armonía;
Con su lira de bronce, ¿qué diría?
¡Acaso contemplados
A la tétrica luz de lo presente

Los siglos ya pasados,
Aquella España en cuya altiva frente
Tu rayo se blandía,
La misma maldición te arrancaría?
El fanatismo odiaste:
Plugiéase á Dios que aun fanatismo hubiera!
El himno que entonaste
Un fanatismo fué que en su carrera
Abrió cielos y abismos:
¿Qué es ¡ay! la humanidad sin fanatismos?
Ninguno ya, ninguno
Existe ya; ni el que ensalzó al monarca,
Ni el que inflamó al tribuno:
Un Dios brutal el universo abarca
Desde el altar deshecho,
El Dios de la materia, el Dios del hecho.
Y en vez de aquella santa
Familia de los pueblos soberanos
Que, libre la garganta
De los yugos de todos los tiranos
Imaginó el deseo,
El Bajo Imperio de la Europa veo.
Así en la acobardada
Roma, Horacio cantó mientras la lengua
De Cicerón clavada
En los rostros guardados á tal mengua,
Tu última arenga hacía
¡Romana libertad! en tu agonía.
¡Oh ilusión venturosa
De una generación que se derrumba!
Nosotros, su ingloriosa
Posteridad, junto á su ilustre tumba

Pasamos sonriendo,
Su generoso error escarneciendo.
— Nosotros, los espúreos
Hijos del desengaño que trocamos
Por mantos epicúreos
La toga consular que despreciamos,
Y, á toda patria ajenos,
Sabemos más, pero valemos menos.
Y qué, ¿será mentira
Cuánto el hombre esperó? ¿Será delirio
El genio que le inspira,
La virtud y el valor vano martirio,
Y el Dios que al hombre cría
El Dios de una perpétua tiranía?
¡Oh! no: vendrá la historia
Y al legar á los siglos sus anales,
Dirá al fin tu victoria
¡Oh raza de tribunos inmortales!
Pueblos, guardad su herencia:
La fé en la humanidad fué su creencia
Y tú que el vate fuiste
De esa tribu inmortal ¡noble poeta!
Y tú que enmudeciste,
Vencido no, mas desdeñoso atleta,
Y en sombra refulgente
Velas hoy con rubor tu anciana frente;
Si aún vive aquella musa
Que tú alentaste al despuntar su día,
Cuando con voz confusa,
Vagando en el pensil de Andalucía,
Cantaba la infelice
Tragedia de Pausanias y Cleonice;

No temas que abandone
Las santas cumbres donde á ver se alcanza
El sol que no se pone;
Sol de la humanidad y la esperanza,
El sol que el hombre implora,
El sol del porvenir que está en su aurora.

FRAGMENTO DE UNA INVOCACIÓN
Á LA MUSA

¿Dónde, dónde está ya? También por ella
Han pasado quizá los raudos años;
El dolor en su faz plantó la huella
Y apagaron su voz los desengaños.
Mas no, que no es humana la hermosura
De aquella de mi cielo criatura.
Héla, héla allí, que las esferas hiende,
Héla, héla allí, que sobre mí descende
De su mundo ideal... ¡Oh, tú, de esencias
Inmortales formada, de esplendores
Infinitos vestida, que naciste
En el seno de Dios, y las potencias
Sabes de la creación, y en sus albores
Como en tu misma cuna te meciste!
¡Inteligencia, oh, tú, de inteligencias
Que, vibrando en la diestra iniciadora
La antorcha de la luz reveladora,
Y en himnos saludando de alegría
Al primer hombre en el primero día,
Desde las cumbres de los sacros montes,

Desde la orilla de los santos ríos,
Abriendo fuiste ante él los horizontes
De la tierra en los páramos vacíos,
Trazándole su historia,
Sembrándole su gloria;
Que en las ignotas vías
De tu arpa al són, le guías
De las cumbres del Emodó remotas
Y la orilla del Eufrates y el Indo,
Á las cumbres fulmínicas del Pindo
Y la orilla de adelfas del Eurotas!
¡Tú, que en hora más grande al iracundo
Fragor del trueno en el Oreb oíste
Al Dios del mundo revelarse al mundo,
Y en el Calvario viste
Al Dios del hombre revelarse al hombre
Y exultarse los pueblos en su nombre!
¡Tú, que en la gran tragedia
Que dos mundos promedia
Aquél que en Roma acaba
Y el que en Roma empezaba,
Tumbadas ya las águilas latinas,
Al pie de sus colinas,
Á los nuevos señores de la tierra,
El godo, el franco y el sajón y el huno,
Proclamaste en los campos de la guerra
Una la humanidad como Dios uno,
Sacando de aquel caos la soberana
De naciones nación, nación cristiana!
¡Tú que, aun surcando por doquier torrentes
De sangre humana, en holocausto eterno,
En la moderna edad las nuevas gentes

Inflamas con interno
Ardor, instinto, presentir divino
De un inmortal destino,
Y tiendes á sus pies los continentes,
Y rindes á su voz los Océanos,
Y prometes en sueños esplendentes
El dominio del mundo á los humanos!
¡Tú, empero, tú, que á su mayor victoria,
Mezclas un són de imperturbable duelo,
Que recuerda hondamente á su memoria
Su impotencia ante el cielo!
¡Musa eterna del hombre, excelsa Musa,
Tú, de la humanidad! ¿Quién, quién ha osado
Decir que el genio tu favor rehusa,
Y que el mundo de tí, desencantado,
No volverá á escuchar el noble verso,
La impávida armonía
De aquella gran poesía
Que es la grande intuición del Universo?
No, Musa, no; ni enmudeció tu canto,
Ni argumento mayor nunca ofreciera
Otro pueblo ni edad que la presente.
¡Por qué yo, que he sentido el estro santo,
Aunque como Faetonte sucumbiera
No levanté las alas de mi mente
Á mirar frente á frente
Aquel sol, cuya luz única y sola,
El ánimo acrisola?
No tú, Musa feliz del entusiasmo
Que los vientos del mundo desafía,
La musa fué del bacanal sarcasmo,
La musa del escándalo y la orgía,

La que estos versos me dictó... Perdona...
De otros será tu celestial corona.
¡Dichoso yo si, cuando tú un momento
De tu olimpico ceño te despojas,
Una mirada arrojas
Sobre este infaustosísimo argumento,
Y hallas en estas hojas
Digno de tí algún són, algún acento!
Yo siempre en mí te siento:
De ráfaga divina
Mi frente se ilumina;
Mi corazón, mi mente
Se abren á tu visión resplandeciente:
El Dios que es Dios, la humanidad que llora...
Esta es la hora del vate... Esta es la hora
En que Virgilio canta:
«Nueva aurora de siglos se levanta.»
Estos los santos días
Que oyeron de Judá las profecias:
Sí, sí: ya se adelanta
El que la tierra implora,
Del humano rescate aniversario:
Se levanta en los cielos otra aurora,
Se levanta en el mundo otro Calvario.

HIMNO AL MESÍAS

Baja otra vez al mundo,
Baja otra vez, ¡Mesías!
De nuevo son los días
De tu alta vocación;

Y en su dolor profundo
La humanidad entera
El nuevo oriente espera
De un sol de redención.

Corrieron veinte edades
Desde el supremo día
Que en esa cruz te veía
Morir Jerusalén;
Y nuevas tempestades
Surgieron y bramaron,
De aquellas que asolaron
El primitivo Edén.

De aquellas que le ocultan
Al hombre su camino
Con ciego torbellino
De culpa y expiación;
De aquellas que sepultan
En hondos cautiverios
Cadáveres de imperios
Que fueron y no son.

Sereno está en la esfera
El sol del firmamento:
La tierra en su cimiento
Inconmisible está:
La blanca primavera,
Con su gentil abrazo
Fecunda el gran regazo
Que flor y fruto da.

Mas ¡ay! que de las almas
El sol yace eclipsado:
Mas ¡ay! que ha vacilado
El polo de la fe;

Mas ¡ay! que ya tus palmas
Se vuelven al desierto:
No crecen, no, en el huerto
Del que tu pueblo fué.

Tiniebla es ya la Europa:
Ella agotó la ciencia,
Maldijo su creencia,
Se apacentó con hiel;
Y rota ya la copa
En que su fe bebía,
Se alzaba y te decía:
¡Señor! yo soy Luzbel.

Mas ¡ay! que contra el cielo
No tiene el hombre rayo,
Y en súbito desmayo
Cayó de ayer á hoy;
Y en son de desconsuelo,
Y en llanto de impotencia,
Hoy clama en tu presencia:
Señor, tu pueblo soy.

No es, no, la Roma atea
Que entre aras derrocadas
Despide á carcajadas
Los dioses que se van:
Es la que humilde rea,
Baja á las catacumbas,
Y palpa entre las tumbas
Los tiempos que vendrán.

Todo ¡Señor! diciendo
Está los grandes días
De lutos y agonías,
De muerte y orfandad;

Que del pecado horrendo
Envuelta en el sudario,
Pasa por un Calvario
La ciega humanidad.

Baja ¡oh Señor! no en vano
Siglos y siglos vuelan;
Los siglos nos revelan
Con misteriosa luz
El infinito arcano
Y la virtud que encierra,
Trono de cielo y tierra,
Tu sacrosanta cruz.

Toda la historia humana
¡Señor! está en tu nombre;
Tú fuiste Dios del hombre,
Dios de la humanidad.
Tu sangre soberana
Es su Calvario eterno:
Tu triunfo del infierno
Es su inmortalidad.

¿Quién dijo, Dios clemente,
Que Tú no volverías,
Y á horribles gemonías
Y á eterna perdición,
Condena á esta doliente
Raza del ser humano
Que espera de tu mano
Su nueva salvación?

Sí, tú vendrás. Vencidos
Serán con nuevo ejemplo
Los que del santo templo
Apartan á tu grey.

Vendrás y confundidos
Caerán con los ateos
Los nuevos fariseos
De la caduca ley.

¿Quién sabe si ahora mismo
Entre alaridos tantos
De tus profetas santos
La voz no suena ya?
Ven, saca del abismo
A un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo
Y Dios ¿no volverá?

¡Señor! En tus juicios
La comprensión se abisma;
Mas es siempre la misma
Del Gólgota la voz.
Fatídicos auspicios
Resonarán en vano;
No es el destino humano
La humanidad sin Dios.

Ya pasarán los siglos
De la tremenda prueba;
Ya nacerás, luz nueva
De la futura edad!
Ya huiréis, ¡negros vestiglos
De los antiguos días!
Ya volverás ¡Mesías!
En gloria y majestad.